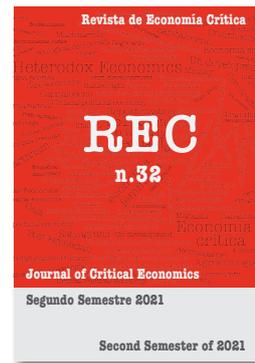


NUEVOS PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA (TEXTOS SELECCIONADOS)¹

Simonde de Sismondi



ADVERTENCIA (1819)²

La obra que hoy someto a juicio del público puede considerarse, en cierta medida, un desarrollo del artículo *Economía política*, que he publicado en la *Enciclopedia* de Edimburgo.

Cuando los editores de esta inmensa recopilación, en la que coexisten tanto saber y tan nobles opiniones, me hicieron el honor de pedirme un artículo sobre esta ciencia, acepté creyendo que no tenía otra cosa que hacer que exponer los principios universalmente admitidos, mostrando el punto al que había llegado una teoría que yo consideraba que se había detenido ya. Efectivamente, estaba persuadido de que en economía política no había otra cosa que hacer que difundir entre los gobernantes y la masa del pueblo una doctrina en la que me parecía que todos los teóricos estaban de acuerdo. Yo no había hecho otra cosa en diversos escritos que había publicado en diferentes ocasiones, ya fuera sobre el conjunto de la ciencia, ya sobre algunas de sus ramas. Alguna vez me jacté de haber expuesto el sistema de Adam Smith con mayor claridad pero sin añadir nada a sus ideas, y no me parecía que otros autores contemporáneos míos hubieran sido más atrevidos que yo o alcanzado más éxito en su atrevimiento.

¹ El texto de Sismondi que hemos elegido, que aparece como epígrafe 3 de nuestra selección, es quizás el más representativo de la posición del autor en relación con la que consideraba "la cuestión fundamental de la economía política", a saber, "el equilibrio entre el consumo y la producción" (1824; 2011:85). Aparte de los breves epígrafes 1 y 2 del texto seleccionado en español [la "Advertencia" (1) y el "Prólogo a la segunda edición" (2)], el grueso del texto que sigue, llamado "Del equilibrio de la producción con el consumo" ("Balance des consommations avec les productions"), se publicó por primera vez en 1824, en la *Revue encyclopédique*, tomo XXII, y fue incorporado a la segunda edición (1827) de los *Nouveaux principes d'économie politique ou de la richesse dans ses rapports avec la population* (Paris: Delaunay), la obra más importante de Sismondi, cuya primera edición data de 1819. En la segunda edición (1827), el texto aparecía como segundo artículo del Apéndice, donde ocupaba las pp. 408-458 del volumen II. Sin duda, Sismondi decidió completar los siete Libros de que constaba el volumen II en su primera edición (1819), considerando que eran sin duda una parte esencial de toda su teoría. Finalmente, en una versión corregida, este texto también fue incluido en la última obra fundamental de Sismondi, los *Études sur l'économie politique* (1837-38) (Paris: Treuttel et Würtz, 2 vols.), de los que existe una edición reciente (2018) en el volumen 6 (llamado *Études sur les sciences sociales*) de las *Œuvres économiques complètes* de Sismondi, editadas por Economica (París), en las páginas 249-770. La versión española de los tres epígrafes que componen el texto que presentamos procede directamente del libro de Diego Guerrero (2011): *Sismondi, precursor de Marx* (Madrid: Maia), del que ocupan las páginas 53-98.

² Esta "Advertencia" ocupa las pp. i-viii de la primera edición (1819) de los *Nouveaux principes d'économie politique*, que constituyen el volumen 5 de las *Œuvres économiques complètes*, editadas en 2018 por Economica (París). La traducción española se hizo sobre el texto original de la edición de Delaunay (París). Existe una edición antigua en español, de Francisco Xeréz y Varona, publicada en 1834: *Nuevos Principios de Economía Política ó de la Riqueza en sus Relaciones con la Población*, Granada: Imprenta de Benavides. Y para el lector en inglés, la edición más utilizada sigue siendo la que estuvo a cargo de Richard Hyse, que lleva un prólogo de R. Heilbroner; se trata de *New Principles of Political Economy: Of Wealth in Its Relation to Population* [English translation by R. Hyse, with a Foreword by Robert Heilbroner. New Brunswick: Transaction Publishers, 1991].

La obra a la que me comprometí para la *Enciclopedia* debía ser clara y breve. Ningún escritor puede alardear de conseguir ambas cualidades sin seguir la propia marcha de sus ideas en lugar de someterse a la de otros. Me remonté hasta los principios, extraje a mi manera sus consecuencias y reinicié la teoría como si nada estuviera ya establecido. No recurrí a ningún libro sobre el tema que era desde hacía tanto tiempo objeto de mis meditaciones; marché solo, sin distinguir apenas entre lo que encontraba en mi memoria y lo que era resultado de nuevos razonamientos. Así, sin haberlo pretendido, me separé por completo de toda autoridad sistemática.

Me parece que obtuve con este método más precisión en la exposición de los principios que consideraba establecidos desde mucho tiempo atrás, pero, sobre todo, y esto fue lo que más me sorprendió, esos principios me condujeron a resultados muy nuevos. En los quince años que habían pasado desde que escribí sobre la *Riqueza comercial*, había leído muy pocos libros de economía política, pero no había dejado de estudiar los hechos. Algunos me habían parecido rebeldes a los principios que había adoptado. De repente me pareció que, con el nuevo desarrollo que estaba dando a mi teoría, podían ordenarse y explicarse entre sí. Cuanto más avanzaba, más me persuadía de la importancia y la verdad de las modificaciones que aportaba al sistema de Adam Smith. Todo lo que hasta entonces seguía estando oscuro en la ciencia quedaba claro si se consideraba desde este nuevo punto de vista, y mis principios ofrecían soluciones a varias dificultades que ni siquiera se me habían ocurrido antes.

Terminé mi pequeño escrito para la *Enciclopedia*, pero en él apenas me limité a indicar lo que me parecían nuevos puntos de vista. Las obras de esta naturaleza deben ser como depósitos en los que sólo tienen cabida hechos y principios en los que hay acuerdo universal. Son un monumento levantado a la ciencia en su estado actual y no un andamio para elevarla más alto: en ellas, cualquier controversia estaría fuera de lugar y se perdería todo lo que se valora especialmente en el presente.

Así que he creído conveniente retomar el mismo tratado en forma de libro, para desarrollar sobre todo lo que había tratado sólo superficialmente y establecer, tan sólidamente como me sea posible, lo que únicamente me había atrevido a presentar con timidez. Estaba muy afectado por la crisis comercial que ha sufrido Europa en estos últimos años, los crueles sufrimientos de los obreros de las manufacturas, de los que había sido testigo en Italia, Suiza y Francia, y que según todos los informes públicos eran como mínimos iguales en Inglaterra, Alemania y Bélgica. Estaba persuadido de que los gobiernos y los países se adentraban por un camino equivocado y agravaban la miseria que se esforzaban por remediar. Había observado con un sentimiento no menos doloroso los esfuerzos combinados de propietarios, legisladores y escritores por cambiar los sistemas de explotación que difundían en el campo más felicidad, y por destruir el bienestar de los campesinos con la esperanza de obtener un mayor producto neto. Me parecía que gobernantes y escritores se equivocaban al buscar tanto lo que más aumentaba la riqueza como la población, cuando una y otra, consideradas por separado, no son más que abstracciones. Y que el verdadero problema del hombre de Estado es encontrar la combinación y la proporción entre población y riqueza que mejor garantice la felicidad de la especie humana en un lugar determinado. Por todas partes me parecía estar viendo a gente de bien haciendo el mal, a patriotas arruinando a su país, y a almas caritativas multiplicando el número de pobres. Quizás se me acuse de presunción por haber atacado las opiniones de tantos hombres de los que alabo tanto su inteligencia como su carácter, pero cuando se trata de la ciencia del bien público, ningún hombre honrado debe detenerse por consideraciones personales.

Todo lo que en mi artículo para la *Enciclopedia* apenas estaba esbozado, me parece aquí expresado con suficiente claridad, y me jacto de hacerme comprender sin resultar pesado. Puede que los lectores más instruidos crean estar recorriendo nuevamente un camino ya trillado, pues los principios de Adam Smith me han servido de guía constantemente, pero verán cómo de esos principios, una vez añadidos los complementos que he creído necesarios, se desprenden consecuencias muy diferentes. Así que les ruego que no se desanimen al seguirme en lo que les parecerá una exposición de verdades comunes, y también

que no las rechacen, sin estudiarlas, al ver las inesperadas consecuencias a las que llegaremos. He seguido mucho tiempo el camino donde ellos están hoy, y parece que, cuando publiqué mi *Richesse commerciale*, el público juzgó que, si bien no hacía allí ningún descubrimiento, al menos lo conocía bien. Me parece que los motivos que me han hecho abandonar las opiniones que había desarrollado celosamente merecen alguna atención.

No me da escrúpulo insertar textualmente en este libro la mayor parte de mi artículo para la *Enciclopedia*, que era más o menos un tercio de éste. Cada vez que mi pensamiento parecía explicado con claridad, habría resultado fastidioso buscar una nueva manera de decir las mismas cosas, que sin duda perderían precisión. Por otra parte, como esta pequeña obra sólo está publicada en inglés, al cambiar de lengua la impresión de repetirme era menor. Pero aunque este pequeño escrito contenga el germen de mis ideas sobre la formación de la renta y la manera en que ésta limita el consumo y la producción, sobre el desarrollo que conviene a la riqueza territorial, sobre los efectos de una competencia ilimitada y del progreso de las máquinas, y finalmente sobre los límites naturales de la población, que creo que el sr. Malthus ignoró, sólo aquí me he atrevido a darle a esas ideas el desarrollo que me parecía posible darles, y a mostrar las importantes aplicaciones que de ellas se puede hacer en la ciencia que se encarga de velar por la felicidad de la especie humana.

PRÓLOGO A LA 2ª EDICIÓN DE LOS NUEVOS PRINCIPIOS³

Inglaterra ha producido los economistas más famosos. Sus doctrinas se exponen hoy allí todavía con redoblado calor (...) ⁴ La concurrencia general, o el deseo de producir cada vez más y cada vez a precio más barato, es desde hace mucho tiempo el sistema dominante en Inglaterra. Yo he atacado ese sistema como peligroso, ese sistema que ha acelerado los enormes progresos a la industria inglesa, pero cuyo curso ha precipitado a los obreros hacia una espantosa miseria. He creído deber mío situarme junto a estas convulsiones de la riqueza, para reflexionar una vez más sobre mis asertos y compararlos con los hechos.

El estudio de Inglaterra ha fortalecido en mí las tesis mantenidas en los "nuevos principios". En este sorprendente país, que encierra una gran experiencia, susceptible de ser aprovechada por el resto del mundo, he visto aumentar la producción y disminuir los goces. La masa del pueblo parece olvidar allí, lo mismo que los filósofos, que el crecimiento de la riqueza no es el fin de la economía política, sino el medio que sirve para favorecer la dicha de todos. Yo he buscado esta dicha en todas las clases, pero no he podido hallarla en parte alguna. En efecto, la alta aristocracia inglesa ha llegado a un grado de riqueza y lujo que sobrepasa cuanto puede verse en todos los demás pueblos. Pero ella misma no disfruta de la abundancia que parece haber adquirido a costa de las otras clases; le falta la seguridad: la privación se hace notar más en cada familia, que la abundancia. (...) Entre esta aristocracia titulada y no titulada ocupa el comercio una posición sobresaliente, sus empresas abrazan el mundo entero, sus empleados desafían el hielo polar y los rigores del trópico, mientras los jefes, que disponen de millones, se reúnen en la Bolsa. Al propio tiempo, las tiendas exponen mercancías en todas las calles de Londres y de las demás grandes ciudades de Inglaterra, suficientes para el consumo del universo. ¿Pero brinda acaso la riqueza al comerciante inglés algún género de dicha? No, en ningún país son tan frecuentes las quiebras. En ninguna parte se disipan

³ De este Prólogo a la segunda edición de los *Nuevos Principios* (1827) ofrecemos extractos publicados en la versión ofrecida por Rosa Luxemburg en su libro de 1913: *Die Akkumulation der Kapitalen*, *Dresdener Volkszeitung* [*La acumulación del capital*, versión española de Raimundo Fernández O., México: Grijalbo, 1967; pp. 128-130]. Originalmente, este prólogo apareció separadamente en la *Revue Encyclopédique*, en septiembre de 1826, antes de la segunda edición del libro propiamente dicha. Un largo extracto del mismo, en inglés, se publicó como "Preface to New Principles of Political Economy, and the light which they may cast on the crisis which England is at this time experiencing", dentro de una recopilación de obras de Sismondi (de 1847) titulada: *Political Economy and the Philosophy of Government. A series of essays selected from the works of M. de Sismondi*. London: John Chapman, 121, Newgate Street [existe una versión más reciente en *Reprints of Economic Classics*, New York: Augustus M. Kelley, 1966, donde el prólogo ocupa las pp. 113-122]. El fragmento traducido por Luxemburg se corresponde parcialmente con las pp. 114-117 de esta última edición.

⁴ Luxemburg se salta a veces partes del texto sin avisarlo. Aquí hacemos notar esos saltos mediante la introducción de paréntesis en forma de "(...)".

con toda rapidez a todos los vientos estos enormes patrimonios, cada uno de los cuales sería suficiente para un empréstito a la nación, para la conservación de un reino o de una república. Todos se lamentan de que los negocios son difíciles y poco productivos. Hace pocos años, dos crisis terribles han arruinado a una parte de los banqueros, y el daño se ha extendido a todas las manufacturas inglesas. Al mismo tiempo, otra crisis ha arruinado a los colonos, haciendo sentir sus repercusiones en el pequeño comercio. Por otra parte, este comercio, no obstante su enorme extensión, no puede ofrecer plaza a los jóvenes, todas las colocaciones están ocupadas, y tanto en las capas altas como en las bajas de la sociedad, la mayor parte ofrece trabajo sin poder obtener un salario.

¿Ha sido ventajoso para los pobres este bienestar nacional, cuyos progresos materiales deslumbran la vista de todos? Nada más falso. El pueblo de Inglaterra no tiene comodidad en el presente ni seguridad en el porvenir. Ya no hay labradores en el campo; se les ha sustituido por jornaleros; apenas hay en las ciudades artesanos o pequeños industriales independientes, sólo existen obreros de fábrica. El peón, para emplear una palabra creada por este sistema, no tiene oficio; percibe sencillamente un salario y como este salario no es uniforme en todas las épocas, casi todos los años se ve forzado a pedir una limosna del fondo de los pobres.

Esta rica nación ha hallado más ventajoso vender todo el oro y plata que poseía, y realizar toda su circulación por medio de papel. De esta manera se ha privado de la ventaja más importante del medio de pago, la estabilidad de los precios; los poseedores de documentos de crédito⁵ contra bancos provinciales corren diariamente peligro de verse arruinados por frecuentes y en cierto modo epidémicas quiebras de los banqueros, y el Estado entero se halla expuesto a las mayores oscilaciones en sus relaciones patrimoniales cuando una invasión extranjera o una revolución conmueva el crédito del banco nacional. La nación inglesa ha hallado más económico renunciar a los sistemas de cultivo que requerían mucho trabajo manual y ha despedido a la mitad de los cultivadores que habitaban sus campos, lo mismo que a los artesanos de las ciudades; los tejedores dejan el puesto a los *power looms* (máquinas de tejer a vapor) y sucumben al hambre; ha encontrado más económico someter a todos los obreros al salario más bajo con que pueden subsistir, de modo que los obreros que ya sólo son proletarios no tienen miedo a precipitarse en una miseria aun mayor criando familias cada vez más numerosas; ha hallado más económico no nutrir a los irlandeses más que con patatas y darles harapos para vestirse, y así cada barco trae diariamente legiones de irlandeses que trabajan a precios más bajos que los ingleses y expulsan a éstos de todas las industrias. ¿Cuáles son, pues, los frutos de esta riqueza acumulada? ¿Ha tenido otro efecto que el de comunicar a todas las clases cuidados, privaciones y el peligro de un hundimiento completo? ¿No ha sacrificado Inglaterra el fin a los medios al olvidar al hombre por las cosas?

DEL EQUILIBRIO DE LA PRODUCCIÓN CON EL CONSUMO (1824)⁶

Actualmente, los economistas están divididos sobre una cuestión fundamental, de cuya elucidación dependen en cierta manera los principios fundamentales de su ciencia. Ya lo hemos discutido en otro sitio, pero pedimos permiso para tratarlo de nuevo, pues quizás convenga volver a ello más de una vez. No bastan unas pocas páginas para hacer mella en las opiniones ya establecidas de unos, ni para que los otros cambien de doctrina. De lo único que podremos jactarnos es de mostrar la importancia del punto que se debate y de conseguir que sigan pensando sobre ello quienes quizás se formaron una idea demasiado a la ligera.

⁵ Se refiere a los simples billetes (*notes*).

⁶ Como se puede leer en la nota 1, Sismondi publicó "este pequeño escrito" por primera vez en la *Revue encyclopédique*, en 1824, y fue incluido en el Apéndice de la segunda edición (1827) de los *Nouveaux principes*. Junto a él, formaban parte del Apéndice otros textos (que se incluyen en el epígrafe III.4 de Guerrero 2011) que aparecían dentro de los llamados "Éclaircissements relatifs à la balance des consommations avec les productions" (Aclaraciones relativas al equilibrio entre el consumo y la producción).

La cuestión es la siguiente. El señor Ricardo en Inglaterra y el señor Say en el continente sostienen que a los economistas les basta con ocuparse de la producción de riqueza, pues la mayor prosperidad de las naciones se consigue produciendo cada vez más. Dicen que la producción, al crear los medios de cambio, crea el consumo, y que no se debe temer nunca que dicha producción sature el mercado, sea cual sea la cantidad obtenida por la industria del hombre, pues sus necesidades y deseos harán que dichos productos se usen de inmediato.

Por otra parte, el señor Malthus, en Inglaterra, sostiene, como yo he tratado de hacer en el continente, que el consumo no es una consecuencia necesaria de la producción; que es verdad que las necesidades y deseos humanos no tienen límite, pero que dichos deseos y necesidades no se satisfacen por el consumo si no van unidos a medios de cambio. Nosotros afirmamos que no basta con crear esos medios de cambio para hacerlos llegar a manos de quienes tienen esos deseos y necesidades; que incluso a veces ocurre que aumentan los medios de cambio en una sociedad mientras que la demanda de trabajo y el salario disminuye; que en ese caso los deseos y necesidades de una parte de la población no pueden satisfacerse y el consumo también disminuye. Por último, mantenemos que el signo inequívoco de la prosperidad social no es la creciente producción de riqueza sino la creciente demanda de trabajo, o la oferta creciente del salario con que se paga.

Los señores Ricardo y Say no niegan que la demanda creciente de trabajo sea un síntoma de prosperidad, pero afirman que se trata de un resultado necesario del crecimiento de la producción.

El señor Malthus y yo no negamos esto, pero pensamos que ambos crecimientos obedecen a causas independientes y, a veces, hasta opuestas. En nuestra opinión, cuando la demanda de trabajo no precede a la producción y la determina, el mercado se satura, y entonces la nueva producción se convierte en causa de ruina y no de disfrute.

En esta cuestión, la mayoría de los economistas comparte la opinión de los señores Say y Ricardo, pero casi todos los hombres de negocio se comportan de acuerdo con los principios que exponemos el señor Malthus y yo. Tanto en la industria como en la agricultura, consideran que son las ventas la causa inmediata de su prosperidad o de su sufrimiento, y desean regular sus esfuerzos productivos de acuerdo con las ventas, aunque no siempre puedan conseguirlo.

El señor Ricardo, cuya reciente desaparición ha afligido no sólo a su familia y amigos sino a todos a quienes iluminó con su pensamiento o conmovió con sus nobles sentimientos, pasó unos días en Ginebra en su último año de vida. Discutimos juntos, dos o tres veces, esta cuestión fundamental sobre la que discrepábamos. La analizó con la educación, la buena fe y el amor por la verdad que lo caracterizaban, y con una claridad que ni sus propios discípulos creerían, dado el esfuerzo de abstracción que solía exigirles en sus discusiones. Pero no basta con una discusión oral, en una cuestión que exige combinar difíciles cálculos positivos con consideraciones algo metafísicas, de modo que me propongo reproducir aquí, un poco más ordenadamente y con la ayuda de las nuevas reflexiones que he hecho, los argumentos que usé en aquellas entrevistas tan preciosas en mi recuerdo.

Admitíamos ambos (¿y cómo no íbamos a hacerlo?) que en toda Europa todas las ramas productivas, agrícolas o industriales, se quejan alternativamente de la saturación de sus mercados, de la imposibilidad de vender o de la necesidad de vender con pérdidas. Para mí esto es un exceso de producción o una desproporción con el consumo, pero para el señor Ricardo tanto uno como otra son imposibles, atribuyendo él dichos resultados a los vicios del orden social, a los obstáculos que se interponen en la circulación mercantil y a los impuestos.

Al discutir esta cuestión, tanto él como yo nos abstraíamos del caso de un país que vende al extranjero más de lo que le compra, encontrando un mercado creciente en el exterior para su creciente producción interna. La mayoría de los políticos, no despegados del todo del antiguo sistema mercantil, se han propuesto

siempre aumentar la producción en el país que gobiernan, tal como aconsejan hoy los señores Ricardo y Say, pero lo hacían pensando en la exportación, no en el consumo interno; y estos dos sistemas, aunque coinciden en varios puntos, no concuerdan en sus principios. Así, el gobierno inglés quería hacer de Inglaterra la industria del universo, que los pueblos de Europa, de América y de las Indias se convirtieran en clientes de los mercaderes ingleses, que cada nuevo progreso de la industria nacional viniera unido a la apertura de un nuevo mercado exterior. Pero, en vez de ligar el consumo con el crecimiento de estos intercambios, se vanagloriaba de excluir de los mercados extranjeros a un número cada vez mayor de productores foráneos, en la medida en que los ingleses podían estar presentes en ellos con productos de mayor calidad o de menor precio.

En este sistema, las naciones rivalizan entre sí, la prosperidad industrial de unos causa la ruina de los demás; y si todas lo adoptan a la vez, si todas dedican cada año una masa más grande de exportación hacia los mercados exteriores, si todas se esfuerzan por arrebatarse mutuamente su respectivas clientelas, rebajando el precio de sus mercancías para vender más de lo que compran, su competencia, que satura el mercado universal, será perjudicial para todas; o bien sólo una de ellas se beneficiará del libre comercio a costa de las demás, mientras que éstas tendrán que defenderse contra una industria que mata a sus propias industrias. Por eso, los mismos gobiernos que defendían el crecimiento de la producción adoptaron el sistema prohibitivo.

El señor Ricardo, en cambio, como partidario de una libertad absoluta en el comercio internacional, tuvo que sostener que su sistema no es excluyente sino que podía ser adoptado por todas las naciones a la vez; que los productores, en lugar de ser rivales, se comportaban recíprocamente como clientes de los demás. Además, toda su teoría se basa en un principio fundamental: que una nación no puede vender más de lo que compra, que hay necesariamente un equilibrio entre la producción y el consumo, que éste crece siempre con aquélla, que el comercio exterior no es obstáculo para el intercambio de una por otro, que sólo sirve para satisfacer los diferentes gustos de los consumidores gracias a la introducción en el mercado de valores iguales pero de mayor variedad. Si, por ejemplo, en Inglaterra crece la producción de paño en cien mil unidades cada año, lo único que hace el comercio internacional es permitir que los ingleses, en vez de consumir en especie esas cien mil unidades, consuman su valor en forma de vino, alimentos o cualquier otra mercancía. En opinión de los señores Say y Ricardo, al crear objetos para el mercado se crean los intercambios y por tanto el consumo; y así creen que la igualdad del consumo y la producción se puede demostrar tanto si se tiene en cuenta el mercado universal como si se supone que cada nación está aislada de las demás.

Es fundamental no perder de vista nunca este principio fundamental para no extraer falsas conclusiones sobre las revoluciones que tienen lugar actualmente en el estado de la industria de diversos países. Las manufacturas de todos los países más industriados de Europa estaban hace unos años en un lamentable estado de penuria porque no encontraban salidas para sus productos. Hoy (en 1824) se han recuperado y es la agricultura la que sufre en todas partes porque no consigue vender sus cosechas. Pero el alivio experimentado por la industria no sirve para probar el sistema del señor Ricardo, y aunque la agricultura se recupere tampoco eso demostrará la verdad de su teoría. Sabemos que en la América española se ha abierto un mercado nuevo e inmenso para los europeos. Pero la cuestión que nos afecta no es si los avatares políticos o una guerra pueden ofrecer nuevos consumidores a un país: lo que hay que probar es que el aumento de su producción le proporciona nuevos consumidores. Cuando menos, hay fuertes indicios para creer que la mejora de los mercados europeos se debe a estos avatares políticos, y no al progreso natural de la riqueza. Las mayores demandas proceden de la América española, donde ya nada impide que entren las mercancías europeas, donde la guerra que ha estallado en todas sus provincias consume mucho

y produce poco, y donde las fuertes pasiones de la población, excitadas a un tiempo en todos sitios, hacen que se usen los capitales, en vez de las rentas, para comprar armas y mercancías inglesas⁷.

Para encontrar clientes para los fabricantes ingleses, el señor Ricardo no contaba con las guerras coloniales, la liberación de América o los empréstitos de Colombia y Chile. Según él, son los propios fabricantes quienes crean a sus compradores. Él decía:

“Supongamos que cien labradores producen mil sacos de trigo y cien fabricantes de lana producen mil varas de tela; hagamos abstracción de los demás productos útiles para el hombre, de sus intermediarios, e imaginemos que sólo hay eso en el mundo: cambiarán mil varas por mil sacos. Supongamos que, debido a continuos progresos en la industria, las fuerzas productivas del trabajo crecen en una décima parte: los mismos hombres cambiarán mil cien varas por mil cien sacos y cada uno estará mejor vestido y mejor alimentado. Una mejora adicional hará que se cambien mil doscientas varas por mil doscientos sacos, y así sucesivamente: el crecimiento del producto no hace más que aumentar los disfrutes de quienes lo producen.”

Desde mi punto de vista, la abstracción que se nos propone en este razonamiento es infinitamente grande y pretende que pasemos por alto los detalles. Pero esto no es simplificar: sustraer a nuestra vista todas las sucesivas operaciones en que podríamos distinguir la verdad del error es confundir.

Volvamos a este intercambio que el señor Ricardo expresa con tan pocas palabras y nos sorprenderemos de lo complicado que es. Sigamos los distintos negocios que hace, o hace hacer, cada productor, admitiendo, como el señor Ricardo, que todos, desde el pequeño al grande, repiten las mismas operaciones; separemos las causas de los efectos y veamos, pasando también por alto a un gran número de intermediarios, qué hace falta para que los productores de la mitad de la riqueza sean los consumidores de la otra mitad.

Para estudiar este mecanismo social, elegiremos como ejemplo la agricultura, y de ésta sólo el laboreo, olvidándonos de todo lo demás. La observaremos en su infancia, cuando la industria apenas había progresado y la fuerza productiva del trabajo sólo permitía una escasa producción superflua por encima del mantenimiento del trabajador; con esta hipótesis los cálculos serán menos complicados y nos eximirán de entrar en mayores detalles. Pero al mismo tiempo, nos ocuparemos de la sociedad tal como está organizada en la actualidad, con obreros que carecen de propiedades y cuyo salario viene dado por la competencia, y a quienes puede despedir su patrón tan pronto como no los necesite: es precisamente a esta organización social a la que se refiere nuestra objeción. Finalmente, haremos abstracción del numerario, al igual que el señor Ricardo.

Supongamos un agricultor que, en una superficie dada de terreno, da empleo a diez miembros de su familia, criados y obreros, y logra producir anualmente en dicha finca ciento veinte sacos de trigo. Para evitar demasiadas complicaciones, abstraigámonos de los demás productos agrícolas o bien representémoslos en forma de trigo. Supongamos además que el salario que paga a cada uno de estos trabajadores equivale a diez sacos de trigo y que, anualmente, de esos diez sacos éste consume en especie tres y emplea siete para los intercambios que le permiten hacerse con los demás productos agrícolas o industriales que, aparte del pan, necesita para vivir. Sobrarán veinte sacos para el dueño. Para simplificar las cuentas todavía más, supondremos que éste es propietario y a la vez trabajador: para vivir como sus obreros le hacen falta diez sacos, tres en especie y siete en otras subsistencias, mientras que los otros diez le proporcionarán, mediante el intercambio, los disfrutes que llamaremos de lujo, que no comparte con ninguno de los demás trabajadores.

⁷ *Nota de Sismondi (1827)* - Hemos visto anteriormente, libro IV, capítulo IV, p. 368, cuáles están siendo los resultados de esta actividad artificial, cómo los propios ingleses proporcionaban el dinero con que los extranjeros compran y consumen sus mercancías, y cómo dejaron éstos de comprar una vez que aquéllos dejaron de prestar a sus clientes.

Recapitemos: la finca produce ciento veinte sacos de trigo, de los cuales treinta y tres se comen sobre el terreno por quienes los producen, setenta y siete se cambian por otros bienes necesarios, sirviendo de alimento a quienes producen las mercancías que compran los pobres, y diez se cambian por objetos de lujo, sirviendo de alimento a quienes producen las mercancías que compra el rico, pues llamamos rico a quien, tras cubrir sus necesidades, puede destinar parte de sus rentas a estos disfrutes.

Entonces, un descubrimiento en la maquinaria, una nueva máquina inventada para trabajar la tierra, o el arte de domar animales domésticos para hacerlos realizar trabajos de humanos, aumenta en un cincuenta por ciento los productos del trabajo del hombre. Si hubiéramos tomado como ejemplo a una familia de trabajadores propietarios en la que todos sus miembros tuvieran derechos más o menos iguales, el descubrimiento beneficiaría a todos por igual, bastando ocho horas de trabajo para que los once miembros de esta familia obtuvieran los frutos que antes producían en doce horas; y si no apareciera una mayor demanda de trabajo que beneficiara a todos, podrían descansar cuatro horas más cada día.

Pero estamos suponiendo una sociedad con la organización actual: por una parte, un propietario que es el único que dirige la producción, recoge sus frutos y se beneficia de los descubrimientos; por otra parte, unos trabajadores que no tienen más propiedad que su capacidad de trabajo ni más renta que su salario. Cada uno de los trabajadores de nuestro agricultor le había producido doce sacos de trigo, y cada uno podrá producir dieciocho después del descubrimiento. Sin embargo, la cantidad de trigo que el agricultor desea producir está limitada: 1º, por la superficie de su parcela; 2º, por el valor de su capital agrícola; 3º, por la demanda del mercado al que destina el excedente de su cosecha. Hace sus cuentas: siete obreros, a dieciocho sacos por persona, le producirán ciento veintiséis sacos, seis más que antes, y para venderlos quizás tenga que hacer un ligero descuento en el precio. Por tanto, despide a tres obreros y sigue dirigiendo su finca con el mismo terreno y el mismo capital pero con sólo siete obreros, en vez de diez, a los que en principio les mantiene su paga. Hagamos nuevos cálculos.

La finca produce ciento veintiséis sacos; tenemos siete obreros y un jefe a quienes proveemos de lo necesario para vivir a razón de diez sacos por persona, lo que hace un total de ochenta sacos. Sobran cuarenta y seis sacos, que van a parar al dueño para sus disfrutes de lujo. En cuanto al primer lote, se comen veinticuatro en especie sobre el terreno, en vez de los treinta y seis de antes; y se cambian por otras subsistencias cincuenta y seis sacos, en vez de setenta y siete, que comerán quienes producen las mercancías que compra el pobre. En cuanto al segundo lote, cuarenta y seis sacos, en vez de diez, deben cambiarse por lo que hemos llamado bienes de lujo, y por tanto los comerán quienes trabajan en las producciones de lujo, pero sólo una vez que existan esas nuevas manufacturas, que antes hay que crear. Así que tenemos, con un ligero aumento de la producción, una disminución muy notable del consumo de las dos industrias existentes, la agricultura y la manufactura del pobre; y, por otra parte, casi se habrá quintuplicado la demanda que antes se dirigía a una industria recién nacida, la manufactura del rico.

Para hacer más evidente este cambio en el consumo que resulta de un progreso industrial no determinado por una mayor demanda de trabajo, observemos este progreso desde otro punto de vista. Hemos supuesto que diez sacos de trigo representaban el salario razonable de un hombre, que comía tres y cambiaba siete, y que de esa manera una parte considerable de su salario reaparecía como salario de los obreros que trabajan para él. La finca, con los ciento veinte sacos de trigo que producía al principio, pagaba el salario de diez trabajadores, de su jefe, de un obrero de la producción de lujo, más los ochenta y cuatro sacos que estas doce personas cambiaban con quienes les proporcionaban los demás objetos de subsistencia aparte del trigo. Esto supone otros ocho obreros y dos quintos trabajando para ellos. Es obvio que, a su vez, éstos cambian siete décimos del trigo que no consumen en especie, y que los que trabajan para ellos hacen otro tanto, hasta que la totalidad del trigo se distribuye finalmente entre cuarenta personas, a razón de tres sacos por persona. De esas cuarenta personas, sólo una consume objetos de lujo, y es también una sola quien los produce.

La industria da ahora el primer paso que hemos supuesto: gracias a un descubrimiento en la agricultura, el producto del trabajo de quienes producen aumenta en un 50%. El dueño ha despedido a tres de sus trabajadores y ha elevado su producción hasta los ciento veintiséis sacos. Su finca paga desde entonces, a él mismo y a siete trabajadores, un salario de ochenta sacos. Entre los ocho, demandan trabajo del pobre por el equivalente de cincuenta y seis sacos, o cinco obreros con tres quintos; estos obreros demandan a otros, hasta que la totalidad de los ochenta sacos, que representan el trabajo necesario para que nazca la cosecha, dé pan a veintiséis obreros y dos tercios, ocupados en la creación de los bienes de subsistencia. Por tanto, si comparamos esta situación con la precedente, habrá trece obreros y un tercio sufriendo, o que todavía no habrán recibido su pan. Ciertamente, cabe esperar que lo recibirán de la manufactura de lujo, pues, en efecto, el propietario ofrece cuarenta y seis sacos a cambio de los productos de la industria de lujo o la satisfacción de sus placeres privados; y, como este trabajo no existe aún, lo debe incentivar con un mayor salario: ofrece doce, catorce, quince sacos de trigo, en lugar de diez, a quien le facilita esos disfrutes que su nueva riqueza le hace desear; a su vez, todo lo que el obrero de productos de lujo percibe por encima de su salario necesario lo emplea en productos de lujo, y el resto se dirige a la manufactura del pobre. Pero sólo después de crearse la industria de lujo, sólo después de que los cuarenta y seis sacos que le tocan al dueño en el reparto hayan pasado a manos de estos obreros del lujo, y de que también el excedente de éstos haya sido cambiado, sólo entonces podremos decir que han recibido su pan cuantos ofrecen trabajo. Cuando se complete esta distribución, de las cuarenta y dos personas que ahora participan en la cosecha, treinta y siete y tres quintos, en vez de treinta y nueve, trabajarán produciendo objetos de subsistencia, cuatro y dos quintos produciendo objetos de lujo, y la población habrá aumentado en dos personas⁸.

Llegamos, pues, como el señor Ricardo, a que al final de la circulación, si ésta no se ve detenida en ninguna parte, la producción habrá creado un consumo; pero esto sólo ocurre si, como harían los metafísicos alemanes, hacemos abstracción del tiempo y del espacio, y sólo si nos abstraemos de todos los obstáculos que pueden detener esa circulación. Y, cuanto más de cerca la observemos, mejor se verá que estos obstáculos se han multiplicado.

Por el intercambio que hemos supuesto, en la agricultura son despedidos tres obreros, y en la industria se encuentra más o menos comprometido el sustento que otros diez tenían seguro, pues ahora depende de un futuro contingente como es el establecimiento de una nueva manufactura.

El restablecimiento del equilibrio depende de la pronta formación de estos obreros de lujo. Pero al principio no existen, hay que hacerlos nacer. El propietario, que sólo ganaba diez sacos en su finca, estaba lejos de pensar en demandar el tipo de trabajos que cree necesitar una vez que gana cuarenta y seis. Los carroceros, los fundidores de vidrio, los relojeros cuyos productos desea, aún no han nacido. Si no les queda otra que esperar desde que son concebidos hasta el momento en que pueden ganarse la vida, este procedimiento les parecerá demasiado largo a los hombres que ayunan y deben esperar a que aquéllos sepan trabajar. Y, por corto que se suponga el aprendizaje de los hombres adultos que quieren aprender un nuevo oficio, de nuevo se pondrá cruelmente a prueba la paciencia de los primeros.

Además hay otro problema. Para fundar una nueva industria, la del lujo, hace falta también un nuevo capital: hay que construir máquinas, hacer que lleguen materias primas, activar un comercio lejano, pues raramente se conforman los ricos con los disfrutes que encuentran a sus pies. ¿Pero dónde se encontrará ese capital nuevo, posiblemente mucho más considerable que el que demanda la agricultura? El impulso

⁸ *Nota de Sismondi (1827)* - Hemos supuesto que diez sacos representan todos los objetos necesarios de los obreros, que trabajan en ese momento con el grado de asueto habitual en su clase. Por tanto, esos cuarenta y seis sacos no alimentarán más que a cuatro obreros de lujo y dos quintos, sea cual sea la forma en que se distribuyan. Si su salario sube a quince sacos, el propio dueño no dará empleo más que a tres obreros de lujo, pero entre estos tres emplearán a un cuarto, y el cuarto una parte del tiempo de un quinto obrero.

a toda la máquina social vino de la invención del arado o del arte de enganchar a él a los animales; esta invención no hizo que apareciera ningún capital nuevo. Nuestros obreros de lujo están aún muy lejos de comer el trigo de nuestros trabajadores, de llevar la ropa de nuestras manufacturas corrientes, no están formados, puede que ni hayan nacido, sus oficios no existen, los materiales que deben trabajar aún no han llegado de la India. Todos a quienes deben distribuir su pan esperan en vano.

Pero probemos con otro supuesto. Nuestro agricultor propietario, en el momento de hacer el descubrimiento que aumenta la fuerza productiva del trabajo, en vez de despedir a tres de sus obreros, los conserva a los diez. Está claro que estos obreros, que sólo pueden vivir de su trabajo, no se resignarán a cruzarse de brazos y morir de hambre. No saben más oficio que la labranza, y en tanto les quede un soplo de vida seguirán ofreciendo sus brazos a menor precio y produciendo trigo con la mayor capacidad productiva que ponen a su disposición los nuevos descubrimientos. Esta competencia hará bajar el salario de todos los obreros agrícolas. Supongamos que sólo baja en una décima parte, lo cual no es mucho teniendo en cuenta, por un lado, el número de jornaleros que se han quedado sin trabajo y, por otro, la dificultad que tiene el dueño para aumentar su explotación en un tercio⁹.

En esta hipótesis, la finca producirá ciento ochenta sacos, pero los diez obreros no recibirán más que noventa de ellos, a los que añadiremos los diez que representa la parte del dueño en los objetos de subsistencia. De estos cien sacos, treinta y tres se consumen en especie sobre el terreno y sesenta y siete se cambian por la manufactura del pobre. Antes del descubrimiento, esta última consumía setenta y siete. Por tanto, los salarios se han reducido aquí en una proporción aun mayor que en la agricultura; sin embargo, todo el mundo vive, todo el mundo trabaja, y todos sabemos qué efecto producirán los ochenta sacos que le corresponden al propietario, destinados a impulsar nuevas manufacturas de lujo.

Si realmente se consigue crear ocho nuevos obreros de lujo y éstos, a su vez, al disponer de los ochenta sacos que les corresponden, impulsan la manufactura del pobre, habrá aumentado la producción, una vez completada la circulación, en un tercio, y serán sesenta personas, en lugar de cuarenta, las que comerán el trigo de esta hipotética finca. Pero también en esta segunda hipótesis se hace abstracción del tiempo y del espacio.

Hay que hacer abstracción del espacio: la nueva invención ha hecho que basten siete hombres para cultivar el terreno que antes ocupaba a diez. Para no despedir a estos tres hombres y no condenarlos a morir de hambre, hay que suponer que existe más terreno cultivable o nuevas tierras por desbrozar, lo que de manera absoluta no puede suponerse en todos los países y en todas las épocas. Por otra parte, no basta con que exista la tierra que se va a cultivar, sino que también hace falta que esté en manos del tipo de propietario que decide cultivarlas inmediatamente, con tal de que le proporcionen una ganancia. Ténganse en cuenta, sin embargo, las formas con que en Europa se impide que las tierras no cultivadas satisfagan la demanda de quienes se ofrecen a valorizarlas con su trabajo. En algunos sitios, se trata de bienes comunales no enajenables; en otros, de tierras en manos de quien no tiene capitales ni medios de ofrecer garantías a quien podría prestárselos; y, en otros, es la vanidad la que tiene interés en conservarlo todo como estaba. Si no son los derechos de la Corona o de la Iglesia, son los de la nobleza o del pueblo los que se oponen a esa acción del mercado que los economistas creen irresistible. Pero a un inglés le resulta más fácil desbrozar los desiertos de Canadá, o de la tierra de los cafres, que los bienes comunales de los alrededores de Londres.

⁹ *Nota de Sismondi (1827)*. - Se dirá que, tras afirmar que diez sacos representan el salario necesario, es absurdo suponer que los obreros se contentarán con menos de lo necesario. Pero nadie sabe de ninguna manera qué cantidad se requiere para mantener la vida del obrero, y no es de ésta de la que queríamos hablar. En cada estado, más o menos próspero, de la sociedad, hay un salario corriente que sirve para proveer no sólo a las necesidades sino también a las comodidades compatibles con el trabajo manual; es a este salario al que, para abreviar, he llamado necesario, y no se puede decir hasta qué punto puede reducirse ni hasta qué punto puede despojarse a la vida del obrero de todo tipo de disfrutes.

Y se hace abstracción del tiempo cuando se supone que el agricultor que encuentra el medio de incrementar la capacidad productiva de sus obreros en un tercio, gracias a un descubrimiento mecánico o en la industria rural, encuentra también un capital suficiente para aumentar en un tercio su explotación, sus herramientas agrícolas, sus equipos, su ganado, sus graneros, y el capital circulante que le permite esperar que lleguen sus ingresos.

Se hace abstracción del tiempo cuando se supone que hay obreros de lujo, y un capital dispuesto a fundar manufacturas de lujo, suficientes para consumir los ochenta sacos que le corresponden este año en lugar de los diez que le correspondieron el año anterior. Se hace abstracción del tiempo cuando se supone que hay sesenta personas dispuestas a comer el trigo que producirá la nueva cosecha, mientras que sólo había cuarenta para comer el de la cosecha precedente.

Así, cuando se aplica en la agricultura un descubrimiento en la fuerza productiva del trabajo que no ha sido provocado por una anterior demanda de trabajo, estando la sociedad, además, organizada de modo que es uno solo el propietario y todos los demás subastan su trabajo para vivir, y es sólo uno el que se beneficia del descubrimiento ofrecido por el progreso científico, en esa situación faltan los capitales, los materiales, los hombres y la industria necesarios para que haya un equilibrio entre el resto de la sociedad y el paso demasiado rápido que sigue la agricultura.

Nuestros razonamientos pueden aplicarse a cualquier otra industria diferente de la del trigo. Pero si nos tememos que, incluso en ésta, nuestros cálculos hayan parecido demasiado fatigosos e hipotéticos, creemos que habríamos desanimado aun más a nuestros lectores si hubiéramos elegido un ejemplo de la industria, pues el consumo que hace el manufacturero de sus propios productos es mucho menos considerable que el que hace el agricultor. No obstante, imaginemos que se introduce un descubrimiento que ahorra sucesivamente un tercio de la mano de obra en todas las industrias que producen todo tipo de prendas, utensilios y muebles para el pobre. En todos los casos, será el dueño quien se beneficiará de ello; en todos, si despiden a tres obreros de cada diez, producirá una fracción adicional con un poco menos de gente; en todos, disminuirá en tres décimas partes el consumo que hacían sus propios obreros de sus propios artículos, y disminuirá en esa misma proporción el consumo que hacían quienes trabajaban para sus obreros. De forma que, en esas circunstancias, cada descubrimiento disminuye la demanda de los talleres que ya existen, y en cambio crea otra dirigida a talleres que aún no existen ni en lo más remoto. Cada descubrimiento hace depender el mantenimiento de una parte de la industria del pobre de la creación de una industria de lujo, pero no se puede crear una industria de lujo sin capitales, sin obreros, sin una pérdida de tiempo que no pueden soportar quienes se quedan sin su paga¹⁰.

Ya me parece escuchar que rechazo los perfeccionamientos de la agricultura, de las artes, todos los progresos que puede hacer el hombre, que sin duda prefiero la barbarie a la civilización, puesto que el arado es una máquina y la laya una máquina más antigua aun, y según mi sistema sería necesario, sin duda, que el hombre trabajara la tierra sólo con sus manos.

Nunca he dicho nada semejante y pido permiso para protestar, de una vez por todas, contra toda supuesta consecuencia de mi sistema que no haya extraído yo mismo. No he sido comprendido ni por quienes me atacan ni por quienes me defienden, y más de una vez he sentido vergüenza de mis aliados

¹⁰ *Nota de Sismondi (1827)*. - El sombrerero, con sus diez obreros, fabrica al menos doscientos sombreros al año; él mismo, con sus obreros, sólo consume once de ellos, y su circulación no se completa hasta que no ha cubierto doscientas cabezas. Pero si lo suponemos en idénticas circunstancias que el agricultor, lo veremos primero utilizar mil cien sombreros, con los que cubrir mil cien cabezas, para obtener el salario necesario para sí mismo y sus diez obreros, y cambiar cien sombreros por objetos de lujo para su propio uso. Mientras que, tras el descubrimiento que aumenta en un tercio su poder productivo, su industria sólo consumirá ocho de esos sombreros; el intercambio directo de sus sombreros con la industria del pobre y la agricultura, sólo setecientos noventa y dos; y ofrecerá cuatrocientos sesenta a la industria del lujo; pero le harán falta sesenta nuevas cabezas para llevar sus sombreros y, aun así, habrá trescientos pobres que deberán prescindir de sombreros hasta que esté en plena actividad la industria de lujo promovida por el enriquecido sombrerero.

y de mis adversarios. En el terreno de la economía política, me han caracterizado como un enemigo del progreso social, partidario de instituciones bárbaras y opresivas. No, no quiero nada de lo que ha existido, sino algo mejor que lo que existe. Sólo puedo juzgar lo que hay comparándolo con el pasado y, cuando hago uso de antiguas ruinas para demostrar las necesidades eternas de la sociedad, estoy muy lejos de querer levantarlas de nuevo.

Ruego que se preste atención a esto: mis objeciones no van en absoluto contra las máquinas ni contra los descubrimientos ni contra la civilización, sino contra la moderna organización de la sociedad, organización que, despojando al hombre que trabaja de cualquier propiedad que no sean sus brazos, no le da ninguna garantía contra una competencia, una reiterada subasta pública dirigida en su contra, de la que necesariamente es víctima. Supongamos que todos los hombres se repartieran entre sí por igual el producto del trabajo al que han contribuido, y que todo descubrimiento técnico fuera una ventaja para ellos en todos los casos posibles, porque, tras cada progreso industrial, pudieran siempre escoger entre tener más descanso con menos trabajo, o más disfrutes con el mismo trabajo. Hoy en día, no son los descubrimientos los que constituyen un mal, sino el injusto reparto que hace el hombre de sus frutos.

Nunca insistiremos bastante en que estamos en una condición completamente nueva de la sociedad, de la que aún no tenemos ninguna experiencia. Tendemos a separar por completo todo tipo de propiedad de toda clase de trabajo, a romper toda asociación entre el jornalero y el propietario, a privar al primero de cualquier forma de participación en los beneficios del segundo. Esta organización social es tan nueva que está aún por establecer, y sólo en los países más industriales y ricos, en los que más avanzado está este sistema que apenas comienza a probarse, sólo en ellos realizan el trabajo agrícola e industrial unos obreros que cada semana pueden ser despedidos. A eso tendemos, y ahí es donde veo yo el peligro, no en los descubrimientos científicos.

Nuestra vista se ha acostumbrado tan rápidamente a esta nueva organización de la sociedad, a esta competencia universal que degenera en hostilidad entre la clase rica y la clase trabajadora, que ya no podemos concebir ninguna otra forma de existencia, ni siquiera aquellas cuyos restos nos rodean por todas partes. Algunos creen absurdamente que me responden al recordar los vicios de los sistemas precedentes. Se han sucedido dos o tres sistemas, en efecto, en cuanto a la organización de las clases inferiores de la sociedad. ¿Pero podemos concluir que hemos entrado en el sistema verdadero por el hecho de que no haya que echar de menos a los anteriores y porque éstos, tras hacer algún bien, hicieran recaer más tarde sobre la especie humana espantosas calamidades? ¿Podemos concluir que no descubriremos el vicio fundamental del sistema jornalero, igual que descubrimos el de la esclavitud, el del vasallaje, el de las corporaciones? Además, cuando estos tres sistemas estaban en vigor no se podía concebir qué vendría después, y también habría parecido imposible o absurda la corrección del orden existente. Sin duda, llegará el momento en que nuestros descendientes nos juzgarán tan bárbaros, por haber dejado sin garantías a las clases trabajadoras, como juzgarán, y nosotros mismos juzgamos, a los pueblos que redujeron a la esclavitud a esas mismas clases.

En su momento, cada uno de esos sistemas pareció una invención feliz y un progreso hacia la civilización. La propia esclavitud, por odioso que sea su recuerdo, sucedió a un estado salvaje de guerra universal en que a un Hombre siempre en armas no le sobraba tiempo alguno que dedicar al trabajo, cuyos frutos no podía garantizar. La esclavitud, que sucedió a la masacre de prisioneros, supuso un progreso social, permitió la acumulación de riquezas y se convirtió, para griegos y romanos, en la base de una civilización casi idéntica a la nuestra. En tanto que los amos siguieron siendo pobres, mientras trabajaron y comieron con sus esclavos, la situación de éstos fue soportable y la población creció. Pero, finalmente, los propios progresos del sistema, la riqueza de los amos, su lujo, su ignorancia de todo trabajo, su desprecio por esa parte de la población que con su sudor les permitía vivir, su dureza, su avaricia para restar continuamente un poco más a la subsistencia de ese ganado humano, sembraron la mortalidad en la

clase trabajadora. La hicieron desaparecer en la época de máximo esplendor del imperio romano, mientras los economistas, suponiendo que los hubiera, aplaudían quizás los constantes progresos de la opulencia.

El cáncer de la antigüedad fue la esclavitud. Fue el estado de opresión y miseria al que se habían visto reducidos los esclavos lo que aniquiló a la población del imperio romano y la entregó a los bárbaros. Varios siglos después, éstos inventaron un sistema más generoso que sustituyó el látigo, que había sido por mucho tiempo la disciplina de los esclavos, por relaciones de protección y clientela entre el señor y su hombre.

El feudalismo tuvo su época brillante y próspera, cuando el vasallo armado combatía junto a su señor. Una vez que el señor, enriquecido, empezó a pensar solamente en adquirir cada vez más riquezas y en ostentar un lujo cada vez mayor, colocó un nuevo yugo sobre el pobre y el sistema feudal se hizo insoportable.

Los pueblos conquistaron entonces el sistema de libertad en el que hemos entrado, pero, en el momento de romper el yugo que tanto tiempo habían llevado, estos esforzados hombres no fueron despojados de toda propiedad. En el campo, ya fuera como aparceros, como censatarios o como arrendatarios, estaban ligados a la propiedad del suelo; y en la ciudad, como miembros de las corporaciones y oficios que habían formado para su mutua defensa, estaban vinculados a la propiedad de su industria. Es sólo ahora, justo en este momento, cuando el progreso de la riqueza y la competencia rompen todos estos vínculos. La revolución no se ha llevado a cabo sino a medias. Pero el arrendatario, una vez enriquecido, deja de trabajar con sus manos, se separa del jornalero y negocia a la baja su salario. El jefe de taller, una vez hecho rico, en lugar de trabajar en el mismo banco del oficial y el aprendiz, renuncia al trabajo manual, reúne a miles de obreros en su manufactura y negocia bajos salarios para ellos. Nuestra experiencia de este orden social, que pone en guerra a todos cuantos poseen contra todos aquellos que trabajan, es aún reciente, pues este orden social no ha hecho más que comenzar.

El tipo de saturación de productos de la industria humana que he intentado explicar apenas podía ocurrir en épocas anteriores de la sociedad. En el estado de barbarie, cuando cada uno trabajaba sólo para sí mismo y conocía sus necesidades, a nadie se le ocurría imponerse a sí mismo una fatiga inútil para crear bienes que no deseaba. En el sistema esclavista que le sucedió, que admitía el desarrollo de una civilización bastante grande, el amo no le pedía a su esclavo más que los productos industriales que de antemano había decidido usar. Su demanda había precedido y alimentado al trabajo, y su consumo venía inmediatamente después. La saturación sólo fue posible cuando el amo de esos esclavos se convirtió en industrial y comerciante, como lo es hoy en día el plantador de Jamaica. En el sistema feudal, el señor demandaba a sus vasallos servicios de combate mucho más que trabajos lucrativos, la industria estaba muy mal vista y no se fomentaba, y la saturación no era una amenaza. En el sistema de asociación, como todo progreso técnico beneficiaba a quien lo generaba, cada cual hacía un esfuerzo en correspondencia con el mercado que debía proveer. El agricultor prefería descansar antes que producir un trigo que no podía vender, y era frecuente el reproche a las corporaciones de las ciudades de no tener otra política que restringir la producción para seguir siendo los dueños del mercado, y de tender a realizar siempre menos trabajo del que les pedían, para venderlo mejor. El estado en que hemos entrado actualmente es completamente nuevo, la población trabajadora es libre pero no tiene garantizada su subsistencia: ha de vivir de su trabajo pero no puede ver ni conoce nada de quien consumirá los productos de ese trabajo, ni tiene medio alguno para ajustar sus esfuerzos a la recompensa que puede esperar de ellos. Cuando la suerte de tantos millones de hombres descansa sobre una teoría que ninguna experiencia ha justificado todavía, es justo desconfiar de esa teoría.

Por lo demás, ni por asomo se crea que la antigüedad no pensó nunca en esta dificultad que nos ocupa, que nunca buscó y encontró una solución. Si, como creo, el equilibrio entre el consumo y la producción es la cuestión fundamental de la economía política; si es una consecuencia necesaria del progreso técnico, de

la industria y de la civilización que cada trabajador produzca más que el valor de lo que consume, de forma que, por sí solos, los productores no pueden consumirlo todo, entonces es preciso que cada aumento de la fuerza productiva del trabajo venga seguido del correspondiente crecimiento en el consumo de una clase de hombres que, o bien no producen nada, o producen algo que no son mercancías. Ésta es la conclusión a la que llega el señor Malthus en su última obra de economía política, e incluso encuentra en ello un motivo para afirmar que la prodigalidad del gobierno ha servido en ocasiones a la riqueza pública, creando una clase de ociosos y consumidores sin la que pronto se habría paralizado la producción, por la saturación de los mercados.

Me parece que los antiguos habían llegado mucho más lejos que nosotros en sus reflexiones sobre la marcha general de la sociedad. No atribuiremos a su política la prodigalidad del gobierno ateniense, lo mismo que no pensamos que la del gobierno inglés se deba a los últimos principios del señor Malthus. Pero habían reconocido que, para mantener este equilibrio esencial de la sociedad, el equilibrio entre la producción y el consumo, había tres medios posibles: el primero, emplear el excedente de producción mercantil en alimentar a los obreros cuyo trabajo no podía venderse y en levantar monumentos públicos, civiles o religiosos; el segundo, fomentar el lujo de los ricos para que consumieran el trabajo de los pobres; el tercero, dar a toda la masa de ciudadanos una ocupación espiritual, patriótica, con que llenar las horas que el progreso de la industria les permitía ahorrar de su trabajo.

El primer medio, que todos los estados antiguos pusieron más o menos en práctica, en ningún sitio se desarrolló mejor que en la organización de Egipto. Este lugar estaba cubierto por una población agrícola cuyo número excede de nuestra imaginación, que, al reunir las ventajas de un sol fecundo con un suelo fértil y abundancia de agua, extraía de la tierra una cantidad de alimentos infinitamente superior a la que podía consumir. Los egipcios sentían aversión, política o religiosa, por la navegación, y por ello pretendían abastecerse por sí mismos, tenían muy poco comercio con el extranjero, no exportaban ni su trigo ni los productos de su industria, y ésta no llegó a brillar nunca. Su forma de gobierno autorizaba sólo a un pequeño número de señores a consumir lujosamente lo que sus semejantes habían producido con su sudor, y por eso no hay palacios entre las ruinas de tantos templos como cubren Egipto. Es cierto que había una clase numerosa de sacerdotes todopoderosos, pero su religión les imponía un ascetismo que excluía el lujo, y su consumo personal sólo era algo mayor que el de los obreros. Estos sacerdotes se preocupaban por encontrar los medios de que perviviera en la masa de los egipcios la costumbre del trabajo constante y una abstinencia igual a su laboriosidad. Querían que siguieran siendo ignorantes y sometidos, que su ocio nunca les permitiera desarrollar las facultades del espíritu en vez de las del cuerpo, y les asignaron la gigantesca tarea de dar cobijo en sus templos a todas las divinidades del Olimpo. Monumentos como nunca se verán iguales cubrían el Alto Egipto: sus proporciones son tan colosales que casi no podemos creer que bastaran las fuerzas del hombre para levantarlos, y su acabado es tan delicado que parece que la eternidad pertenecía a quienes prodigaban así su tiempo para terminarlos con el trabajo de generaciones sucesivas. No ocultan menos prodigios las catacumbas, los subterráneos de las montañas que bordean el valle del Nilo, y la inmensidad de estos trabajos confunde nuestros sentidos y nuestra razón. Sin duda hizo falta el trabajo constante de varios millones de obreros durante varios siglos para crear este mundo prodigioso, pero hacían falta estos millones de hombres para comerse el trigo de las campiñas egipcias. Hacía falta un pueblo entero de albañiles y picapedreros para consumir lo que los industrioses habitantes del valle del Nilo no dejaban de producir.

El antiguo Indostán también esconde monumentos que casi igualan en extensión y perfección a los de Egipto. También allí la religión exigía un trabajo inútil pero colosal, porque la organización social había multiplicado a los productores y casi había hecho desaparecer a quienes consumían sin hacer nada. Los etruscos y todos los pueblos en que los colegios de sacerdotes ejercían un gran poder adoptaron más o menos la misma política. Se encuentran en Roma monumentos anteriores a las primeras épocas históricas cuya explicación sólo es posible por el poder que ejercían los colegios sacerdotales sobre los antiguos

habitantes del lugar, pues son muy anteriores al comienzo de la opulencia romana. Con esta política, la totalidad de la población podía trabajar sin saturar el mercado, las costumbres se mantenían puras, los cuerpos robustos, no se ponía en aprietos la igualdad y cada cual participaba por igual en el disfrute de los monumentos públicos levantados con el trabajo de toda la nación. Pero, por otra parte, el trabajo constante de todos paralizaba todo avance espiritual y el país también se encontraba indefenso ante la ambiciosa casta sacerdotal que ejercía el gobierno.

El segundo sistema de la antigüedad era parecido al nuestro. En Síbaris, en Corinto, en Siracusa, en Tiro, en Cartago, y más tarde en Roma, cuando esta capital del mundo se inclinaba ya hacia su decadencia, se abandonó el comercio y las manufacturas a su curso natural. El exceso de la producción sobre el consumo de los productores era inmenso y, aunque al principio alimentó un gran comercio de exportación, poco después formó una suntuosa clase de ricos cuya única ocupación era variar continuamente sus placeres: estos ricos vivían para descansar, consumir y disfrutar, mientras que el resto de sus conciudadanos vivía para trabajar. Como casi todo el trabajo lo realizaban manos serviles, no había lugar, como en nuestros días, para luchar por rebajar el precio del trabajo de los artesanos. Y en el supuesto de que en ciertos oficios se saturara el mercado, los sufrimientos que de ello pudieran resultar para los esclavos no atraían la atención de sus contemporáneos y no han dejado huella en la historia.

Pero los legisladores de la antigüedad, que habían comparado un número mucho mayor de estados libres que nosotros, que habían meditado mucho más sobre la idea de que el gobierno sólo se instituyó para la felicidad del pueblo a él sometido, para la felicidad de todos y no de una sola clase, reprobaron totalmente el sistema de los sibaritas. Les parecía que establecer que unos trabajasen, para que otros disfrutaran, subvertía la igualdad republicana. Pensaban que al exceso de opulencia siempre venían unidos la bajeza y el servilismo extremos, que las almas se enervaban en la indolencia y que el torbellino de placeres era tan contrario al desarrollo del espíritu como podía serlo la fatiga constante de los trabajos manuales. Creían que si todos los ciudadanos disfrutaban de la porción de descanso que hacía posible el progreso industrial, su carácter se haría más noble, y que si unos pocos se entregaban a una completa ociosidad, eso los condenaría a cultivar también la voluptuosidad. Por tanto, se mostraron de acuerdo con todos los filósofos y moralistas, con todos los hombres religiosos, y en particular con todos los padres de la Iglesia cristiana, en condenar el lujo como algo que conduce necesariamente a la ruina de las costumbres y de los estados. Es bastante extraño que el sentir unánime de los hombres cuyas decisiones más respetamos en otros ámbitos no ejerza la menor influencia en nuestras actuales opiniones sobre esta cuestión.

Sobre este principio se fundó el tercer sistema, adoptado tanto por Atenas como por Esparta, por Roma en su periodo de pujanza y por todas las repúblicas más ilustres de la antigüedad. Para que encontrasen una demanda suficiente de trabajo quienes no tienen otro ingreso que el trabajo, la propia república se encargó de sus ciudadanos casi permanentemente, impidiéndoles ofrecer en venta su trabajo. Lejos de fomentar, como los nuestros, la acumulación de fortunas y lujos, los legisladores de la antigüedad velaban sin descanso por que se repartiera la herencia entre los hijos, manteniendo una cierta igualdad entre los patrimonios, y sobre todo por reprimir cualquier hábito de indolencia o de pompa, por quitar a los ciudadanos el deseo y la ocasión de hacer un consumo demasiado grande, y por honrar la sobriedad, la sencillez y la abstinencia. Querían que, así como todos participaban en la actividad del cuerpo, tuviera también cada uno su parte en la actividad espiritual y en los placeres. Para mantener la igualdad en este reparto, disuadían de las ocupaciones manuales a los ciudadanos y sólo les permitían dedicar una pequeña parte de su tiempo a la agricultura o a la dirección de artes y oficios. Los llamaban a la plaza pública para debatir, a los tribunales para juzgar, a la academia y al pórtico para aguzar el ingenio y educar el alma con nobles enseñanzas, al teatro para formar sus gustos e inspirarles la elegancia ática, y a los templos para cautivar su imaginación y permitirles sumar a los placeres de la vida las esperanzas respecto al futuro.

La aplicación de maquinaria a la artesanía y a la industria disminuía progresivamente la cantidad de trabajo necesaria para sostener la vida humana, pero ello no era razón para que el orden social engendrara a un individuo ocupado en descansar, consumir, disfrutar por dos, por cuatro, por diez, por cien, por mil; un individuo que, a medida que aumentaba el producto, guardase para sí todo el beneficio. El ahorro en el trabajo de todos beneficiaba a todos, y el ciudadano ateniense, a pesar de esos progresos de la industria, se contentaba con el tejido más basto para abrigarse, y con pan e higos secos como alimento. Pero, por supuesto, la ausencia de cualquier lujo no había destruido su elegancia de espíritu ni su gusto exquisito. Si, como legislador, prohibía estos placeres, no por ello había perdido su actividad y energía de carácter como particular. Y cuando el ateniense tenía necesidad de riquezas, no para él sino para la patria, bastaba el suelo estéril del Ática para armar a la república que hizo temblar a Asia Menor y a Sicilia, y para equipar a las colonias que sembraron los principios de la verdadera civilización en las más apartadas orillas. El único lujo de Atenas eran los hombres que producía la república: ¡feliz el país que pueda producir otros semejantes! ¡Feliz el mundo entero si la Grecia que ahora se libera logra pronto revivir tan nobles modelos!

Puede pensarse que nos hemos apartado mucho de la cuestión que discutíamos el señor Ricardo y yo, que más valía indicar qué queda por hacer que lo que ya hizo la antigüedad. Pero lo que falta por hacer es una cuestión infinitamente difícil, que no tenemos la menor intención de tratar hoy aquí. Nos gustaría que los economistas se convencieran tan plenamente como nosotros de que su ciencia se encamina ahora por falsos derroteros. Pero no confiamos bastante en nosotros mismos como para indicarles el verdadero. Si explicar la actual organización de la sociedad es uno de los mayores esfuerzos que podemos exigirle a nuestro espíritu: ¡qué fuerza no habrá que tener para concebir una organización que no existe aún y ser capaz de ver el futuro, siendo tan difícil como es ver el presente! Sin embargo, si se consigue poner de acuerdo a todos los espíritus ilustrados en la busca de la garantía que debe ofrecer la sociedad a las clases encargadas de alimentarla, que es algo que una persona sola no puede hacer, quizás permita lograrlo la reunión de todas sus luces.

Finalicemos, pues, el análisis del sistema que hemos comenzado, antes de pensar en el que deberá reemplazarlo; estudiemos su marcha, juzguémoslo sin distraernos comparándolo con una teoría completamente ideal. Si yo presentara ahora lo que creo que es el remedio de los males de la sociedad, la crítica se olvidaría de examinar o juzgar dichos males y únicamente prestaría atención a mi remedio, probablemente para condenarlo, de forma que no se analizaría para nada la cuestión del equilibrio entre el consumo y la producción.

Tan sólo me permitiré decir que, ni siquiera en caso de convencer a otras inteligencias tan completamente como para conseguir todos los cambios que deseo en la legislación, pensaría en impedir el progreso de la producción o en retrasar la aplicación de la ciencia a las técnicas y a la invención de máquinas. Buscaría sólo los medios de garantizar los frutos del trabajo a quienes hacen el trabajo, de hacer que se beneficie de la máquina quien la pone en funcionamiento. Si pudiera conseguirlo, me apoyaría en el interés que tienen los productores en no hacer un producto que no les será demandado. En tanto que el productor pueda considerarse como una persona sola, movida por un solo interés, seguirá esta máxima proverbial: más vale descansar que trabajar para nada. Por tanto, ninguna facilidad que consiga en su trabajo lo llevará nunca a producir más de lo que le demandan; descansará y disfrutará cuando haya terminado el producto, tanto si lo hace en doce horas como en dos. Por el contrario, lo único que causa la saturación de los mercados es la oposición de intereses entre los productores que compiten con el mismo producto, entre dueños y trabajadores. El equilibrio entre ellos nos distrae de otro equilibrio que es más importante, el equilibrio entre productores y consumidores. Los patronos deciden realizar un producto no porque se lo pidan los consumidores sino porque sus obreros les ofrecen su trabajo a menor precio.

Pertenece al legislador la tarea de volver a unir los intereses de quienes concurren a una misma producción, en lugar de enfrentarse entre sí, y, aunque sin duda es difícil, no lo es tanto como podría

parecer. Con impedir que la ley actúe en dirección diametralmente opuesta a este interés social, ya se adelantaría mucho: que se supriman todas las leyes que impiden la división de las herencias y que imposibilitan, favoreciendo la formación y conservación de grandes fortunas, que el capital o la propiedad de la tierra se distribuyan en pequeñas porciones entre quienes realizan un trabajo manual; abolir todas las leyes que protegen las coaliciones de los patronos contra los obreros; y las que privan a éstos de sus medios naturales de resistencia¹¹. El examen de unas y otras, el examen de las que podrían obligar al patrón a garantizar la subsistencia del obrero que emplea, sería largo y difícil, y no entraremos ahora en ello. Nos basta con haber indicado que ahí es donde buscaríamos el remedio a los males que sufre o amenazan a la sociedad.

Esperando el momento, quizás lejano, en que la reunión de los votos de los economistas pueda indicarle a la autoridad soberana un cambio en el sistema legislativo, creemos que la discusión en que acabamos de entrar puede generar ya resultados prácticos. Pensamos que, en la sociedad humana, la creciente demanda de trabajo es el resultado constante, regular, anual, del progreso humano. A su vez, esta demanda es afortunadamente la causa de todo desarrollo industrial y de todo perfeccionamiento técnico. Cuando existe la demanda de un nuevo trabajo, y una nueva necesidad de consumirlo, cualquier progreso que haga la sociedad para satisfacer dicha demanda será beneficioso para todos. Por una parte, esto impulsará el crecimiento de la población, habrá más matrimonios, más niños salvados en sus primeros años de vida, más actividad necesaria para su aprendizaje, más empleo de mano de obra una vez hayan crecido. Sin embargo, estos resultados sólo pueden obtenerse de forma sucesiva, en un periodo de tiempo bastante largo, para no perturbar en nada el equilibrio ni producir saturación, y para que la nueva población que entre a la vida activa dentro de diez, quince o veinte años lo haga no para realizar los trabajos que se demandan hoy sino para atender a quienes se enriquecerán como consecuencia del trabajo actual.

Por otra parte, ello impulsará el crecimiento de la capacidad productiva del hombre. El trabajo demandado en la actualidad sólo pueden realizarlo los hombres que existen hoy; por tanto, para hacer más que antes hace falta que, o bien dediquen a su realización más horas cada día, o que se ayuden de todos los medios que la ciencia pone a su disposición: cada aumento en su capacidad productiva, siempre que no exceda de la cantidad que pueden pagar y consumir quienes han demandado el trabajo, cada aumento, decimos, creará una nueva riqueza que incitará, a su vez, una nueva demanda. El salario de estos obreros, más hábiles o más productivos, subirá y su consumo crecerá con sus ingresos; a su vez, demandarán que un número mayor de obreros trabajen para ellos, o bien que realicen más trabajo, pues tendrán los medios con que pagarlo. La misma suma que ha demandado y servido para pagar nuevo trabajo reaparecerá en mercados sucesivos, activando todos los trabajos antiguos. Pese al progreso mecánico, los hombres que ya existen no bastarán para hacer todo lo demandado, los nuevos hombres nacidos en esa época encontrarán oficios esperándolos al crecer, la población crecerá y la agricultura tendrá que crecer también para alimentarla.

Todos los movimientos de la sociedad se encadenan, resultan unos de otros, como los diversos movimientos de las ruedas de un reloj. Pero, al igual que en el reloj, para que se dé este encadenamiento de movimientos, se requiere que la fuerza motriz actúe allí donde debe actuar. Si, en vez de esperar el impulso que debe venir de la demanda de trabajo, se espera que proceda de la anticipación de la producción, se consigue lo mismo que si en un reloj de bolsillo, en vez de dar cuerda a la rueda de la cadencia, se moviera hacia atrás otra distinta; eso rompería y paralizaría toda la maquinaria.

¹¹ *Nota de Sismondi (1827)*. - En el mismo momento de imprimirse esto, en 1824, se podía leer en los periódicos que, en Macclesfield, los obreros de la seda trabajaban sólo once horas al día y, si tenían que trabajar doce horas, se les pagaba esa hora de más. El sábado 3 de abril, los industriales tomaron la decisión de hacerlos trabajar doce horas diarias, a partir del lunes, pagando sólo la jornada normal. Los obreros se resistieron y se les declaró la ley marcial. ¿Y cuáles eran los motivos de los patronos? La baja de precios. Como ya tenían demasiadas mercancías, demandan más, aun más baratas.

Sin embargo, la sociedad participa de esa fuerza vital, consustancial con el hombre, que la lleva a triunfar sobre estos trastornos parciales y a reparar por sí sola los males que sufre. Cuando, en cualquier rama industrial, la producción supera a la demanda y el mercado se satura, los obreros se esfuerzan por cambiar de oficio o de país, por adaptarse a la nueva situación, y casi siempre lo consiguen, en más o menos tiempo, siempre que no se precipite la revolución que tiene lugar en los intereses mercantiles. En una crisis así, tanto los prejuicios que se oponen a la adopción de una nueva invención, como las dificultades de comunicación o imitación, y los obstáculos de todo tipo que parecen frenar el progreso científico aplicado a la técnica, son beneficiosos para la humanidad: permiten ganar tiempo para que la fuerza vital actúe, para que quienes se han visto golpeados se levanten de su caída y curen sus heridas. Estos prejuicios, que en muchas ocasiones puede que sean la mejor garantía para la sociedad, oponen al interés individual un obstáculo generalmente suficiente para que se restablezca el equilibrio. Sucede a menudo que un empresario industrial, habiendo inventado una aplicación científica útil o descubierto una práctica más ventajosa que en el extranjero, funda una industria nueva y crea productos que no le son demandados. Se basa para ello en la esperanza de hacerse con la clientela de alguna industria ya existente, pensando que *arruinará a la profesión*, tecnicismo usado para indicar que arruinará a los demás pero en beneficio propio. Generalmente, entre los intereses individuales hay una especie de equilibrio que impide que uno de ellos pueda trastornar completamente a todos los demás. Este inventor hará todo lo posible por guardar su secreto y beneficiarse del mismo él solo; además se encontrará con la resistencia de los colegas a quienes se ha esforzado en perjudicar, de todos los obreros que perciben que trata de bajar su salario, de todos los prejuicios populares y locales que tienden siempre a rechazar las innovaciones, y de los capitalistas que no prestan de buena gana a empresas que no conocen ni comprenden. Vencerá todas esas resistencias, pero lentamente, de forma que no causará una sacudida, dando así tiempo para que las familias desplazadas se vuelvan a asentar haciéndose con nuevas formas de ingreso, e incluso a que los consumidores creen una nueva demanda de trabajo.

Además, normalmente no es el progreso natural de la industria, tal como resulta de los intereses personales, lo que produce la saturación de los mercados y condena a miles de obreros al desempleo y al hambre. Si vemos *arruinarse* sistemáticamente a muchas *profesiones*, es a causa de fuerzas extrañas a esos intereses personales, ya provengan de gobiernos que, para que su país haga cuanto ven hacer en el extranjero, encierran todas sus industrias en un invernadero, haciéndolas producir lo que no se les demanda; ya de celosos ciudadanos y de científicos que creen que no se puede servir mejor a su patria que importando juntas todas las invenciones que constituyen la riqueza de los demás países, atacando todos los prejuicios, trastocando todas las costumbres, difundiendo rápidamente todos los descubrimientos lo más lejos posible, y pidiendo a los capitalistas que funden industrias por patriotismo, si no les va en ello su propio interés.

Dejemos en paz ahora a los gobiernos, cuya política de incitación ya ha dado lugar a varias discusiones. Nos dirigiremos únicamente a quienes se dejan extraviar por filantropía, dirigiendo todas sus fuerzas en beneficio de producciones que nadie demanda ni favorecen siquiera su propio interés. Si conseguimos convencerles de que haciendo producir no se puede estar seguros en absoluto de que se vaya a hacer consumir, quizás podamos llevarlos a prestar más atención al principio sobre el que descansa su propio sistema de economía política. Piden la libertad absoluta de la industria porque creen que los intereses individuales, al compensarse, se reúnen en el interés general; que vean que son ellos mismos quienes perturban este equilibrio de intereses individuales; que, a menudo, cuando crean una industria por amor a la técnica o a la ciencia, al no seguir en absoluto las indicaciones del mercado, sacrifican a una teoría abstracta los hombres e intereses reales. Compete a los científicos estar siempre dispuestos, mediante progresos en la mecánica, la química o el estudio de la naturaleza, a responder a todas las demandas del mercado. Es asunto suyo estar en condiciones de secundar poderosamente el trabajo del hombre cuando se les demanda un trabajo mayor. Pero mientras dure la organización actual, mientras la

existencia del pobre se abandone a los efectos de la libre competencia, no deben añadir peso en la balanza a favor de los patronos y en contra de los obreros. Deben recordar que la máxima fundamental de los economistas es *dejad hacer y dejad pasar*: pues dejen también tiempo para que *pasen* las generaciones que se han vuelto superfluas. Si no, con la aceleración en la adopción de descubrimientos que provoca su celo imprudente, golpean sin cesar, unas veces sobre una clase y otras sobre otra, haciendo que la sociedad entera experimente el constante sufrimiento de los cambios, en vez del beneficio de las mejoras.